

## POBRES.

(SU DIGNIDAD EN LA IGLESIA.)

*Erunt novissimi primi, et primi novissimi.*  
Los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos.

(MATH. XX, 16.)

Aunque el Salvador del mundo ha dicho, que los primeros serán los últimos y los últimos los primeros, y esto no tenga su entero cumplimiento sino en la resurrección general, en la que los justos que el mundo había despreciado, ocuparán los primeros, pues, al paso que los malos y los impíos que han reinado en la tierra, serán vergonzosamente relegados á las tinieblas exteriores; sin embargo, este admirable trastorno de condiciones humanas ya ha principiado en esta vida, y vemos sus primeras señales en la institución de la Iglesia. Esta ciudad maravillosa, cuyos cimientos ha echado el mismo Dios, tiene sus leyes y su política para gobernarse. Pero como Jesucristo su fundador, ha venido al mundo para destruir el orden que en él había establecido el orgullo, hé ahí porque su política es diametralmente opuesta á la del siglo; y observo esta oposición principalmente en tres cosas. Primero, en el mundo los ricos disfrutaban todas sus ventajas y ocupan los principales puestos; en el reino de Jesucristo la preeminencia pertenece á los pobres, que son los primogénitos de su Iglesia, y sus verdaderos hijos. Segundo, en el mundo los pobres dependen de los ricos, y parecen haber nacido solo para servirlos; en la santa Iglesia, por el contrario, no son admitidos los ricos sino con la condición de servir á los pobres. Tercero, en el mundo las gracias y los privilegios son para los poderosos y los ricos; los pobres no tienen más parte en ellos que la que les quieren ceder; al paso que en la Iglesia de Jesucristo las gracias y las bendiciones son para los pobres, y los ricos no pueden conseguir privilegio ni gracia alguna sino por medio de aquéllos. Así, pues, las palabras del Evangelio que he escogido por texto, se cumplen ya desde la presente vida: «los últimos son los primeros, y los primeros son los últimos.»

puesto que los pobres, que son los últimos en el mundo, son los primeros en la Iglesia; los ricos, que se imaginan que todo se les debe, y que tienen á sus piés á los pobres, no entran en la Iglesia sino para servirles; y las gracias del nuevo Testamento corresponden de derecho á los pobres, y los ricos no las reciben sino por sus manos. Verdades ciertamente importantes, y que os deben enseñar, ¡oh ricos del siglo! lo que debéis hacer con los pobres; esto es, honrar su condición, socorrer sus necesidades, participar de sus privilegios. Esto es lo que me propongo explicaros con el auxilio de la gracia. A. M.

4. El docto y elocuente S. Juan Crisóstomo, nos propone una excelente idea para conocer las ventajas de la pobreza sobre las riquezas. Para esto nos pinta dos ciudades, compuesta la una solo de ricos, y la otra de pobres, y examina despues cuál de las dos es más poderosa. Si consultamos á la mayor parte de los hombres sobre esta proposición, no dudo, cristianos, que se dará la preferencia á la de los ricos; pero S. Juan Crisóstomo se decide por fa de los pobres; y se funda en que la ciudad de los ricos tendria mucha pompa, mucho esplendor; pero carceraria de fuerza y de bases seguras. La abundancia, enemiga del trabajo, incapaz de contenerse, y por consiguiente siempre entregada á la voluptuosidad, corromperia todos los animos, y afeminaria el valor con el lujo, con el orgullo y con la ociosidad. Así, las artes serian abandonadas, apenas se cultivaria la tierra, se olvidarian las obras laboriosas, por las cuales se conserva el género humano; y esta unidad pomposa, sin necesidad de más enemigos, caería, en fin, por sí misma, arruinada bajo el peso de su opulencia. Al contrario, en la otra ciudad en que no hubiese más que pobres, la necesidad industriosa, fecunda en inventos y madre de las artes provechosas, aplicaria los espíritus por la necesidad, les aguijonearia con el estudio, les daria un vigor varonil con el ejercicio de la paciencia, y no ahorrando fatigas, acabaria grandes obras, que exigen necesariamente un gran trabajo.

Pero, hablando verdaderamente de las cosas, nosotros sabemos que la distincion de estas dos ciudades no es más que una ficción agradable. Las ciudades, que son cuerpos políticos, exigen, igualmente que los naturales, el temperamento y la mezcla; de modo que, segun la política humana, la ciudad de los pobres de S. Juan Crisóstomo solo puede subsistir en nuestra imaginacion. Solo al Salvador y á la política del cielo corresponde construir una ciudad que verdaderamente fuese la ciudad de los pobres. Esta ciudad es la santa Iglesia; y si me preguntais, cristianos, por qué la llamo ciudad de los pobres, os

contestaré; porque la Iglesia en su primer plan no ha sido edificada sino para los pobres, y ellos son los verdaderos ciudadanos de esta bienaventurada ciudad, que la Escritura ha distinguido con el nombre de ciudad de Dios. Aunque tal vez esta doctrina os parezca extraña, no por eso deja de ser verdadera; y para convenceros de ello, notad, si os place, que hay una diferencia entre la Sinagoga y la Iglesia, y consiste en que Dios ha prometido á la Sinagoga bendiciones temporales, al paso que Jesucristo promete aflicciones; y por este maravilloso cambio, los últimos se han hecho los primeros, y los primeros los últimos; porque los ricos, que eran los primeros en la Sinagoga, no ocupan ya ningun rango en la Iglesia, y los pobres y los indigentes son sus verdaderos ciudadanos.

Aunque esta diferente conducta de Dios en la antigua y nueva alianza se funde en grandes razones, que seria prolijo enumerar, podemos decir de paso: que complaciéndose Dios en el viejo Testamento en manifestarse con un aparato majestuoso, convenia que la Sinagoga, su esposa, se ostentase con señales de grandeza exterior; y, por el contrario, que en el nuevo, en el cual Dios ha occultado todo su poder bajo una forma humilde, la Iglesia, su cuerpo místico, debía ser una imágen de su humildad, y aparecer con la señal de un voluntario abatimiento. ¿Qué otra razon puede haber para que este mismo Dios humillado, queriendo, dice, llenar su casa: *ut impleatur domus mea* (Luc. xiv, 25), ordene á sus servidores que vayan á buscar á todos los necesitados? Con éstos quiere llenar la casa; no quiere ver nada que no sea débil, porque no quiere ver nada que no lleve su carácter, esto es, la cruz y la enfermedad. La Iglesia de Jesucristo es, pues, verdaderamente la ciudad de los pobres. Los ricos, no temo decirlo, en calidad de ricos, porque es preciso hablar correctamente, no son permitidos allí sino por tolerancia; y en su fundacion, si los ricos eran recibidos en ella, así que entraban se despojaban de sus bienes y los ponian á los pies de los apóstoles, á fin de venir á la Iglesia, que era la ciudad de los pobres, con el carácter de la pobreza.

Yo podria tambien, hermanos míos, establecer la preeminencia de los pobres con otras razones convincentes, por las cuales reconocierais que estos son los verdaderos hijos de la Iglesia y que para ellos principalmente se ha edificado esta ciudad espiritual. Pero más vale sacar alguna instruccion, y recoger algun fruto de esta saludable doctrina. Ella nos debe enseñar á respetar á los pobres y á los indigentes, como á nuestros primogénitos en la familia de Jesucristo, y como á aquellos á quienes su Padre celestial ha elegido para ser los ciu-

dadanos de su Iglesia, como aquellos que, llevando sus señales más seguras, son tambien los miembros más preciosos. El apóstol Santiago nos enseña esta moral: «Oid, nos dice, amados hermanos míos: ¿no es cierto que Dios ha escogido los pobres á fin de que fuesen ricos en la fe, y los herederos del reino que ha prometido á los que le amen?» «Y á pesar de esto, prosigue, aún osais despreciar á los pobres» El apóstol, como veis, quiere hacernos considerar en este lugar la eminente dignidad de los pobres, y la prerogativa de su vocacion que he tratado de esplicaros. Dios, dice, los ha escogido especialmente para ser ricos segun la fe, y los herederos de su reino; de lo que se infiere, que es una ceguedad deplorable no honrar á los que Dios mismo ha honrado tanto con la gracia de preeminencia que les dá en su Iglesia.

Hermanos míos, revestidos de estos sentimientos apostólicos, y mirad con respeto á los pobres. Meditad seriamente en la caridad de nuestro Señor; que si los honores del siglo os ponen en una situacion elevada respecto de ellos, el carácter de Jesucristo que ellos tienen el honor de llevar, les eleva sobre vosotros. Honrad, sirviéndoles, la misteriosa conducta de la Providencia divina, que les señala los primeros puestos en la Iglesia, con la prerogativa de que los ricos no son recibidos en ella sino para servirles.

2. Tal es la segunda verdad que he ofrecido explicaros, y que sigue tan evidentemente á la que dejo sentada, que no será necesario extenderme mucho en demostrarla. Y ciertamente, cristianos, como llevo dicho, Jesús, que no promete en su Evangelio más que aflicciones y cruces, no necesita á los ricos en su santa Iglesia. Y ¿para qué quereis que los necesite? ¿Acaso para erigirle templos magníficos, ó para adornar sus altares de oro y pederria? No os figureis que tenga necesidad de esta pompa: la recibe de mano de los hombres solamente como señal de su piedad, como homenaje de su religion. Pero lejos de exigir estos gastos, ¿no veis, al contrario, que nada es más comun ni de más bajo precio que lo que necesita para su culto? El pide solo el agua natural para regenerar á sus hijos y un poco de pan y vino para consagrar sus misterios, en los cuales reside el origen de todas las gracias. Nunca ha estado mejor servido que cuando se le sacrificaba en las catacumbas y en los calabozos, y cuando la humildad y la fe constituian todo el adorno de los templos. En otro tiempo, en la antigua ley, exigia la pompa en su servicio: pero ta sencillez que afecta, si puedo hablar de esta suerte, en el culto de la nueva alianza es para manifestar á los ricos del mundo, que no necesita de ellos ni de sus tesoros sino para el servicio de los pobres.

Para los pobres, amados oyentes, declara que los necesita, é implora su socorro, Jesús no necesita de nada, y Jesús necesita de todo: Jesús no necesita de nada segun su poder; pero Jesús necesita de todo segun su compasion. Esta misma misericordia, que ha obligado á Jesús inocente á cargar con todos los crímenes, obliga todavía á Jesús, por dichoso que sea, á cargar con todas las miserias. Porque como el más inocente es el que ha llevado más pecados, así tambien el más abundante es el que lleva más necesidades. Aquí tiene hambre, allí sed, en una parte gime encadenado, en otra está abrumado de males; él sufre al mismo tiempo el frio y el calor, y los extremos contrarios. Pobre verdaderamente, y el más pobre de todos los pobres; porque todos los demás pobres no sufren más que por ellos mismos; y «solo Jesucristo padece por toda la universalidad de los pobres: *Unus tantummodo Christus est qui in omnium pauperum universitate mendicat* (SALVIAN. ADV. AVAR. LIB. IV, NUM. 4, p. 504).» Las necesidades, pues, las necesidades apremiantes de sus pobres miembros son las que le obligan á ceder en favor de los ricos.

Los necesitados no quisieran ver en su Iglesia más que á los que llevan su señal, los pobres, los indigentes, los afligidos, los miserables. Pero si no hay en ella más que desgraciados, ¿quién socorrerá á los desgraciados? ¿qué será de los pobres por los cuales él sufre, y cuyas necesidades experimenta? Él podría enviarles sus santos ángeles; pero más justo es que sean asistidos por hombres, que son sus semejantes. Venid, pues, oh ricos, á la Iglesia; la puerta, en fin, la teneis franca; pero se os ha abierto en favor de los pobres, y con la condicion de socorrerlos. Por amor á sus hijos, Dios permite la entrada á esos extranjeros. ¡Contemplad el milagro de la pobreza! Si; los ricos eran extranjeros; pero el servicio de los pobres les naturaliza, y les sirve para purgar el contagio que adquieren con el contacto de sus riquezas. Por consiguiente ¡oh ricos del siglo! tomad cuantos títulos soberbios os plazca: los podéis llevar en el mundo; en la Iglesia de Jesucristo no sois más que servidores de los pobres. No os ofenda este título: el patriarca Abraham se honró con él; Abraham, que tenia muchos criados y una numerosa familia, cuidaba, sin embargo, como si fuese obligatorio, de servir á los necesitados. Así que se acercan á su casa, él mismo les sale al encuentro; él mismo vá á elegir entre su rebaño el ganado más jóven y más escogido; él mismo se toma el trabajo de servirles á la mesa (GENES. XVII, 2). ¿De qué nace este afán por servir á los pobres? De que este padre de los creyentes veía ya en su espíritu el rango que debían ocupar en la Iglesia; él considera ya á Jesucristo en ellos; olvida su dignidad á vista de la

de los pobres, y enseña con su ejemplo á los ricos la obligacion que tienen de servirles.

Pero ¿qué servicio debemos prestarles? ¿en qué podemos auxiliaries? El apóstol S. Pablo ordena á los fieles: «que los unos lleven las cargas de los otros: *Alter alterius onera portate* (GALAT. VI, 2).» Los pobres tienen su carga, y los ricos tambien la suya. Los pobres tienen su carga; ¿quién lo ignora? Cuando los vemos sudar y angustiarse, ¿no conocemos que tan grandes miserias son un fardo muy pesado que les fatiga excesivamente? Pero aún cuando los ricos caminen cómodamente y al parecer no les molesta el peso, sabed que tambien tienen su carga. Y ¿cuál es la carga de los ricos? ¿Podríais creerlo, cristianos? sus propias riquezas. ¿Cuál es la de los pobres? la necesidad. ¿Cuál es la de los ricos? la abundancia. El fardo de los pobres, consiste en no tener lo necesario; el de los ricos en poseer más de lo necesario. Ahora bien; ¿es un fardo incómodo el tener demasiados bienes? ¡Ah! bien sé que en el fondo de su corazón los mundanos desean un fardo de esa naturaleza. Pero que contengan estos deseos inconsiderados. Si las injustas preocupaciones del siglo los impiden concebir en este mundo cuánto pesa la abundancia, cuando lleguen á aquel país en que será arriesgado el haber sido demasiado ricos, cuando comparezcan ante aquel tribunal donde habrá que dar cuenta, no solo de los talentos empleados, sino tambien de los guardados, y responder á aquel juez inexorable, no solo del gasto, sino tambien de la distribucion y del empleo; entonces, hermanos míos, entonces reconocerán que las riquezas son un peso grave y se arrepentirán en vano de no haberse siquiera aliviado de él.

Pero no esperemos esta hora fatal, y mientras sea tiempo, practiquemos este consejo de S. Pablo: *Alter alterius onera portate*: Llevaos vuestros fardos los unos á los otros. Ricos, llevad el fardo del pobre, socorred sus necesidades, ayudadle á soportar las aflicciones bajo cuyo peso gime; pero sabed que descargándole de ellas, trabajais en descargar vuestro peso; cuando vosotros lo dais, disminuís su carga, y él disminuye la vuestra; vosotros llevais la necesidad que á él le oprime; él lleva la abundancia que á vosotros os abruma. Entregaos mutuamente vuestros fardos, á fin de que las cargas sean iguales: *Ut fiat aequalitas*, dice S. Pablo (II COR. VIII, 4). Penetraos, hermanos míos, de esta idea; si vosotros no llevais el fardo de los pobres, el vuestro os rendirá; el peso de vuestras riquezas mal distribuidas os precipitará en el abismo; así como si repartis con los pobres el peso de su pobreza, tomando parte en su miseria, merecereis juntamente participar tambien de sus privilegios.

5. Sin esta participación de los privilegios de los pobres, no hay salvación alguna para los ricos; y fácilmente podré convenceros de ello, insistiendo siempre en los mismos principios. Porque si es cierto, como dejo dicho, que la Iglesia es la ciudad de los pobres, si éstos ocupan en ella los primeros puestos, si es para ellos para quienes principalmente esta ciudad bienaventurada ha sido construida, fácil es concluir que los privilegios los pertenecen. En todos los reinos, en todos los imperios existen privilegiados; esto es, personas eminentes que tienen derechos extraordinarios; y el origen de estos privilegios, consiste en que están mas próximos, por su nacimiento ó por sus empleos, á la persona del príncipe. Es propio de la majestad, del estado y de la grandeza del soberano, que el resplandor de su corona se refleje en cierto modo en los que á él están más inmediatos. Puesto que sabemos por las santas letras, que la Iglesia es un reino tan bien ordenado, no dudeis, hermanos míos, que ella tiene igualmente sus privilegiados. Y ¿de dónde se tomarán estos privilegiados, sino de la sociedad con su príncipe, esto es, con Jesucristo? Si hemos de mirarnos al Salvador, cristianos, no busquemos en los ricos los privilegios de la santa Iglesia. La corona de nuestro monarca es una corona de espinas; los rayos que despide son las aflicciones y los padecimientos. En los pobres y en los que padecen, es donde reside la majestad del reino espiritual. Siendo el mismo Jesús pobre é indigente, natural era que formase sociedad con sus semejantes, y que distribuyese sus favores entre sus compañeros de fortuna.

No se desprecie más la pobreza, ni se la trate de grosera y despreciable. Verdad es que nació de la hez del pueblo; pero habiéndose unido á ella el Rey de la gloria, la ha ennoblecido con esta alianza, concediendo despues á los pobres todos los privilegios de su imperio. Promete el reino de los cielos á los pobres, el consuelo á los que lloran, alimento á los que tienen hambre, alegría eterna á los que padecen. Si todos los derechos, si todas las gracias, si todos los privilegios del Evangelio pertenecen á los pobres de Jesucristo, oh ricos, ¿qué os resta, y qué parte tendreis en su reino? Él no habla de vosotros en su Evangelio sino para amenazar vuestro orgullo: *Va vobis divitiibus* (Luc. vi, 24). ¡Desdichados de vosotros! oh ricos! ¿Quién no temblaría al oír esta sentencia? ¿Quién no sería sobreco-gido de pavor? Contra esta terrible maldición, hé aquí la única esperanza, el único remedio. Es verdad que dichos privilegios pertenecen á los pobres; pero podreis obtenerlos de éstos, recibirlos de sus manos, y merecer las gracias del cielo. ¿Queréis que sean perdonadas vstras iniquidades? Redimidlas por medio de la limosna: *Pecata tua*

*elemosynis redime* (DAN. iv, 24). ¡Esperais de Dios misericordia? Buscadla en las manos de los pobres, ejerciéndola con ellos: *Beati misericordes* (MATT. v, 7). ¡Bienaventurados los misericordiosos! ¿Queréis, en fin, entrar en el Reino? Las puertas, dice Jesucristo, os serán abiertas, siempre que los pobres os introduzcan: «Procuraos, dice, amigos que os reciban en los tabernáculos eternos (Luc. xvi, 9).» Así la gracia, la misericordia, el perdón de los pecados, el Reino mismo están en sus manos; y los ricos no pueden entrar en él, si los pobres no los acompañan.

¡Oh pobres, cuán ricos sois! y vosotros, ¡oh ricos, cuán pobres! Si solo atendeis á vuestros propios bienes, seréis privados para siempre de los bienes del nuevo Testamento, y no os quedará por toda herencia más que el *Va* terrible del Evangelio: *Va vobis divitiibus!* ¡Ay de vosotros, oh ricos, porque habeis ya recibido vuestro consuelo! ¡Ah! para detener este rayo, para libraros felizmente de esta maldición inevitable, acogeos bajo el mando de la pobreza; comunicaos con los pobres; dad, y recibireis; dad los bienes temporales, y recibireis las bendiciones espirituales; participad de las miserias de los alligidos, y Dios os concederá parte de sus privilegios, os perdonará vuestros pecados, os dispensará sus gracias, y os hará un día participantes de su gloria, que os deseo.

## POBRES DE LA PARROQUIA.

*Quicumque potum dederit uni ex minimis  
istius calicem aqua frigide tantum, in no-  
minis discipuli, amen, dico vobis non perdet  
mercedem suam.*

Cualquiera que diere de beber á uno de estos pequeñitos un vaso de agua fresca solamente por razon de ser discipulo mio, os doy mi palabra, que no perderá su recompensa.

(MATT. x, 42.)

La caridad fué el grande espectáculo que ofreció al mundo el cristianismo desde los primeros dias de su establecimiento en la tierra. Sus enemigos, admirados, se vieron obligados á confesar, que habia

algo sobrenatural y divino en una religion que podía unir á los hombres de un modo tan perfecto y tan nuevo.

Lo que sobre todo les causaba más admiracion, era la inagotable abnegacion de los cristianos, su actividad en socorrer todos los infortunios, sus santas privaciones y sus limosnas; caridad tan desinteresada, que no solo la ejercian con sus hermanos, sino que la extendian á sus enemigos y aún á sus perseguidores.

Con esas santas obras, carísimos hermanos, emprendidas con peligro de su vida y al través del contagio de la muerte, lograron nuestros padres desarmar á sus verdugos y convertir á sus enemigos. Continemos la tradicion de sus admirables ejemplos. Ejercemos la caridad en torno nuestro, derramen nuestras manos la limosna con abundancia en el seno de todos los pobres de Jesucristo, pero en particular para los que habitan cerca de nosotros, que en tantos conceptos son nuestros hermanos.

Por ellos hablo en este dia, por nuestros amados pobres, por los que sufren en esta parroquia. Al efecto os expondré *los motivos que deben impulsarnos á hacer limosna*, y en seguida refutaré *los pretextos con que muchos procuran dispensarse de hacerla*. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

4. Entre los motivos que deben inducirnos á socorrer á los pobres hay tres principales, que voy á desenvolver en este discurso.

Necesitase nada ménos que los artificios del argumento más falso ó la aplicacion del entendimiento á las consideraciones más egoistas para resistir á los sentimientos de humanidad, para reprimir el arranque instintivo que nos lleva á ser útiles á nuestros semejantes. Permitted, pues, que entre en algunos pormenores sobre un motivo tan apto para excitar vuestra compasion.

Seguidme á la morada del pobre, á ese gran teatro de dolor en que la humanidad aparece en lucha con toda clase de desdichas. ¿Qué vereis? Vereis á sères dolientes, tristemente tendidos en un poco de paja negra y húmeda, aguardando con ansiedad las migajas que caen de la mesa del rico. ¿Qué más veis? A un pobre obrero que se ganaba el sustento con el sudor de su frente, que mantenía con un trabajo duro y sin tregua á su numerosa familia; mas ¡ay! la enfermedad ha venido á poner término á sus jornales, y su mujer, cargada de hijos, no puede ya velar á un tiempo á la cuna del hijo y á la cabeceira del padre!

Si ese cuadro no conmueve vuestro corazon, volved los ojos á los pobres mismos y admirad su abnegacion. Ved cómo se socorren mu-

tuamente; ved al anciano que han recogido y asisten en sus achaques; ved al huérfano que un pobre obrero no ha tenido agregar á sus hijos; ved á la pobre mujer que conserva con escrupulosa solicitud algunas gotas de leche para el niño abandonado.

Y vosotros, ricos, ¿dejariais sobrepujaros por los pobres en generosidad y sacrificios?...

No solo hemos de socorrer á los pobres por un motivo de humanidad, sino por un motivo de religion, que es superior. En efecto, la religion no se contenta con aconsejar su práctica, sino que la impone á todos como un precepto riguroso. Está escrito en la Sagrada Escritura: «Cuando recogiereis vuestras mieses, no recojais las espigas que hubieren caido; los granos que caen en tierra, los dejareis para los pobres; yo el Señor soy quien os lo ordena.» Y notad que este precepto está repetido en todas las páginas del antiguo Testamento, en el que hasta está puesto en accion de la manera más distinta, como en el ejemplo de Ruth y de Noemí, y en el de Tobias, pobre y cautivo, que socorria á sus hermanos en la tierra del destierro, partiendo con ellos su pan y bendiciendo al Señor, á pesar de la ceguera que le atacó en medio de sus buenas obras!

Pero es sobre todo en el Evangelio donde se os encomienda altamente la limosna. ¿Para qué citaros todos los textos y todas las palabras que os hacen de ella un precepto? ¿Quién no ha leído la historia del mal Rico, de la pobre mujer que deposita su escasa limosna en el cepillo colocado á la entrada del templo? Pudiera multiplicar estas citas, pero seria preciso citar el Evangelio entero, porque el Evangelio es una solemne manifestacion de aquella hermosa sentencia: *Dios es caridad!* Es pues un precepto formal y riguroso que nos impone Jesucristo.

Aquí quiero hablar de vuestro interés espiritual. En este concepto, la limosna hecha con los sentimientos que constituyen su precio, os producirá méritos delante de Dios y os evitará castigos infinitamente más espantosos y más terribles. A vosotros, justos, os permitirá adelantarse más en el camino de la salvacion, y á vosotros, pecadores, esa caridad destruirá hasta en su raiz vuestras malas inclinaciones: será la plegaria más elocuente que podeis elevar á Dios en medio de vuestras culpas, como será tambien la condicion más indispensable para obtener el perdon.

Y luego, ¿no teneis que reprocharos alguna injusticia? Yo quiero que vuestra conciencia nada os reproche; pero ¿la habeis sondeado bien? Dad mucho, si mucho teneis; dad poco, si teneis poco; pero dad siempre, puesto que á este precio podeis adquirir el cielo; ¡qué

digo el cielo! á Dios mismo, y no os sorprenda esta expresion que tomo de un padre de la Iglesia, pues el cielo es lo mismo que la posesion de Dios.

2. Examinemos ahora, y lo más brevemente posible, los diversos pretextos que nos apartan de la limosna. Reduzcamos á tres esos pretextos y resúmalos con estas palabras: 1.° *pretexto de la impotencia*; 2.° *pretexto de la precaucion*; 3.° *pretexto de la soberbia y de la avaricia*.

Muchos dicen que son pobres, que nada les sobra, que necesitan sus rentas para educar á sus hijos, pagar á sus criados, cumplir con sus acreedores, y guardar en el mundo el rango en que les ha colocado la Providencia. ¿Quién osa hablar así? Sin duda son artesanos, pobres obreros. Yo les preguntaré ¿si el Evangelio les dispensa de ser compasivos y caritativos con los que son aún más pobres que ellos? Hermanos, les diré, si teneis poco, dad poco; pero dad á lo ménos alguna cosa; pues en fin, ¿tan difícil es tomar de vuestro salario la más insignificante moneda para darla al que nada posee en el mundo? ¿Qué pensar de semejantes palabras, cuando satisfacen apetitos desordenados, cuando se les ve gastar en un solo día el producto de toda una semana de trabajo en orgías en que el hombre se olvida de que está hecho á imagen de Dios?

¿Y vosotros, ricos, direis que nada os sobra? Este pretexto es tan contrario á la justicia como á los sentimientos de la naturaleza. Vosotros quereis, decís, precaveros para los malos dias; pero ¿habeis pensado en aquellas palabras del Señor: No os inquiete el dia de mañana; ved á las aves del cielo: han carecido nunca de sustento sus hijuelos? Y si quiera fuese razonable vuestro pretexto de precaucion, tampoco os dispensára de hacer limosna. En efecto, el oro y la plata que con tanto trabajo habeis reunido, y de que con tanta inquietud disfrutais, ¿lo llevaréis con vosotros al sepulcro?

El último pretexto de soberbia y avaricia es el más odioso y más injusto. Conviene uno en que tiene riquezas, pero quiere exceder á todos los demás, quiere ocupar el primer puesto. Nosotros diremos pues á cuantos quieren salir de su condicion: quereis haceros ricos y no haceis limosna; sois cristianos é ignorais que derramar es recoger mucho, que sembrar poco es privarse de una cosecha abundante; y os sucederá lo que á otros muchos á quienes su prosperidad volviera arrogantes: vereis desvanecerse vuestra fortuna, porque habeis sido duros y despiadados con vuestros hermanos y Dios no la ha bendecido.

¡Dios mio! tú, que tienes en tus manos poderosas el corazon del

rico y el del pobre, derrama en éste la paciencia y la resignacion; pero mueve tambien el del primero á compasion y generosidad. Así sea sobre todo en esta parroquia, en la que todos los que hacerlo pueden han abierto ya sus benéficas manos á los necesitados. Hoy, empero, os pedimos una nueva prueba, carísimos hermanos, y sea brillante. Sed los amigos y los padres de los niños, sed la providencia del huérfano, del enfermo, de la viuda, del pobre, en fin; y Dios, que premia el vaso de agua, premiará al céntuplo los débiles sacrificios que os hayais impuesto.

## DIVISIONES.

**POBRES PREDESTINADOS.**—Lo son los que se abandonan á la Providencia sin vivir en la ociosidad.

Lo son los que se despojan de sus bienes para seguir á Jesucristo con mayor libertad.

**POBRES REPROBADOS.**—Lo son aquellos que temen más las miserias del tiempo que las miserias de la eternidad.

Lo son aquellos que remedian su pobreza apelando á actos criminales.

## POBREZA Y RIQUEZA.

*Beati pauperes spiritu.*

Bienaventurados los pobres de espíritu.

(MATH. v. 3.)

En el siglo xiv, carísimos hermanos, cierta persona principal llamó á su lecho de muerte á su único y amado hijo. Segun la costumbre de aquellos tiempos altamente cristianos, le dirigió algunas tiernas y supremas recomendaciones; y la historia nos ha conservado, entre otras palabras, las que voy á ofrecer á vuestras meditaciones: «Querido hijo, huye de la avaricia como de la enfermedad más mortal, y no te desdenghes de aliviar á tus hermanos enfermos, cualquiera

que sea su mal.» Tales son las palabras que oyó el piadoso joven, cuyo nombre ha llegado hasta nosotros bendecido por las generaciones católicas.

El protector ilustre de aquella parroquia vendió cuanto poseía y lo dió á los pobres: á través descalzo los Alpes y fué á visitar los sepulcros de los santos Apóstoles; pero en medio de los gozes de su piedad resonó un grito siniestro en todo el Estado eclesiástico: «La peste se ha declarado en Cesena, en Aqnapendente, en Rímimi!» Declárase también en la ciudad santa, y pronto extiende el azote sus estragos sobre toda la Italia. Entónces el piadoso peregrino, con sus veinte años y su infatigable celo, vá á cumplir la segunda parte de lo que le encargara su padre. En las ricas llanuras del Languedoc se habia desprendido de su opulenta herencia, y bajo el hermoso cielo de Italia desempeñó la segunda instruccion de su padre, sirviendo con suma solicitud á los pobres enfermos.

Viósele noche y dia recorriendo los hospitales, cargándose sobre los hombros á los apestados. Extenudado de fatiga, pero no de valor, excita el celo de sus hermanos, y halla en su fervor apostólico fuerzas sobrehumanas. No parece sino que el jóven S. Roque es el ángel visible enviado de Dios para el consuelo de toda una provincia, de todo un pueblo.

¿Qué bendiciones temporales recogió S. Roque de su magnanimidad, de su celo y de los prodigios de su caridad? La calumnia y la persecucion. Restituido al pais de sus abuelos, fué desconocido por un tutor, que habia conservado algunos restos de su patrimonio de que no habia podido disponer cuando vendió sus bienes. Fué encerrado en un calabozo como un espiá, y allí murió ántes de recobrar, no su hacienda, sino su nombre, su última fortuna. Hasta que Dios hubo vuelto por la fama de su siervo con milagros de primer orden, no dió la posteridad agradecida á su memoria lo que sus contemporáneos negáran á su persona; y entónces, no solo en Francia, no solo en toda Europa, sino en toda la cristiandad, fué invocado como á quien habia tenido el privilegio en dias muy calamitosos de parar los golpes de la cólera de Dios cuando herian naciones culpables. En todas partes hay asociaciones caritativas consagradas al servicio de los enfermos y particularmente al de los apestados, las cuales reclaman los sufragios y se inspiran con los recuerdos de aquel santo varon.

Biennaventurados los pobres! hermanos míos; al nombre de bienaventuranza, se dilatan los ánimos; ¡es tan rara la dicha! ¡Cuán placentero es pronunciar tal palabra! Pero al nombre de pobreza el co-

razon se oprime, y solo Dios puede reunir dos ideas tan opuestas al parecer como estas: la felicidad suprema, y la dura pobreza. La pobreza, hermanos míos, será la única heredera del cielo; es imposible entrar en el reino celestial si no se ha tenido la pobreza evangélica. ¿Con qué condiciones podrá la riqueza aspirar á la beatitud de la pobreza? ¿Con qué condiciones también podrá la pobreza librarse de la maldicion de la riqueza y alcanzar la beatitud que le fué prometida?

Eso es lo que vamos á examinar en el doble paralelo de la riqueza mundana y cristiana, y de la pobreza mundana y cristiana. A. M.

1. La riqueza real no podrá reclamar el privilegio y la recompensa de la pobreza evangélica mientras no esté exenta de la tiranía del oro, de la tiranía de las pasiones, cuyo principal ministro es el oro, y mientras no se santifique con el digno uso de los dones de la Providencia. Hace mucho tiempo, carísimos hermanos, que se declama contra las riquezas. Un hombre de mucho talento, el soberbio detractor de la verdadera riqueza, de la riqueza espiritual, la gracia de Jesucristo, gracia cuyo poder labra la beatitud eterna, el audaz Pelagio, condenaba, no solo el mal uso de la riqueza, si que también la riqueza misma. En sus escritos han ido á buscar los utopistas de otro tiempo, si algunos de ellos tuvieron bastante erudicion para consultar los escritos de Pelagio, esas declamaciones pomposas que atestiguan el odio y la envidia de los pobres contra los ricos, y que sublevan unas contra otras las diferentes partes del cuerpo social. En tiempo de Pelagio esos errores fueron impugnados por los doctores de la Iglesia, á cuya cabeza se halla S. Agustín, que indicó las consecuencias posibles de tan insensata doctrina.

Siempre habrá pobres entre vosotros, dijo nuestro Señor Jesucristo. Está en el órden de la Providencia que haya ricos. Si se predicaran doctrinas subversivas de todo órden, si se despertaran esas malas pasiones que, como agua estadiza, duermen en el fondo del corazon de los que se llaman desheredados de todo, despues de renunciar á la herencia celestial, ¿qué seria de las bellas artes? ¿qué de las ciencias y de la literatura? ¿qué del comercio, de la industria y de todos sus portentos? ¿qué de esta civilizacion tan adelantada? ¿y qué seria, sobre todo, de las desgraciadas víctimas de esas declamaciones criminales?... Nada pues condenable ni reprehensible tiene en sí la riqueza. Si así no fuera, Dios no hubiera citado con elogio á nuestro patriarca Abraham, grande entre todos los orientales, que poseia inmensos bienes; si así no fuera, el Verbo encarnado no hubiera querido contar con las más precisas circunstancias la tierna historia del padre del

Hijo pródigo, que tenía una rica habitación y numerosos servidores, que podía aún tener en reserva el anillo y los vestidos preciosos, cuidadosamente guardados como para esperar el regreso del Pródigo. El Verbo de Dios hizo del padre de aquel hijo el tipo del Padre que está en los cielos. Y el que contó la historia del Rico malvado, el que denigró y condenó la insensibilidad de aquel hombre maldito, del mal Rico, hubiera colmado de bendiciones al buen Rico de la parábola.

Por lo demás, hermanos míos, una de las primeras leyes del Evangelio es la limosna. Es preciso que el corazón de los hombres, regenerado por la gracia de Jesucristo, halle un suplemento á la sensibilidad natural. Yo desconfío de la sensibilidad natural, y para ello tengo mis razones. Cuarenta siglos ha tenido para dar sus pruebas, y durante este tiempo, ¿dónde está el hérfano que ella ha recogido, dónde el pobre que ha visitado, dónde la primera piedra de un hospital por ella puesta, dónde sus asilos, dónde sus creaciones? El Hijo de Dios hizo de la limosna una ley evangélica. ¿Y cómo han entendido este precepto la santa Iglesia y todas las almas cristianas? La limosna supone la riqueza. ¿Qué queréis que dé el pobre? el tesoro de su buen corazón, un vaso de agua, un óbolo. ¿Basta eso para socorrer á nuestros enfermos siempre más numerosos y las miserias de que rebotan las viejas sociedades, amenazando destruirlas si el sentido religioso, si el sentido cristiano desaparece, si cesa un momento de ser el alma de nuestra sociedad? ¡Ah! carísimos hermanos, necesario es pues que haya ricos para tender una mano caritativa á los pobres.

No quiera Dios que amengüe yo la energía de los tan repetidos textos evangélicos con la más extraña y aún con la más sacrilega de las interpretaciones. No quiera Dios que trate yo de quitar de la frente del mal Rico la marca de ignominia y de oprobio que el Hijo de Dios quiso que se le imprimiera, como en la frente de Cain, el primer homicida, el primer fratricida. No quiera Dios que no me acuerdo yo de aquella palabra espantosa que la misma verdad eterna pronunció: Mammon, *Mammona*. ¿Quién era Mammon? Era una diosa de Siria, la diosa de la fortuna. Y Mammon había reemplazado á Baal, y Mammon había reemplazado al becerro de oro. Y el Hijo de Dios sabía que en los países vecinos de los lugares santos, y en los mismos lugares santos, en la Siria, la Fortuna cruel, la Fortuna de corazón de hierro, tenía sus altares y su estatua. El Hijo de Dios la llamó Mammon de injusticia, *Mammona iniquitatus* (Luc. xvi, 9.) Ved ahí, pues, lo que el Hijo de Dios condena: es una riqueza injustamente poseída, la riqueza cuyo origen ha sido la injusticia. Decidme, cristianos: ¿no es particularmente en nuestros días cuando

merece Mammon la sangrienta calificación de fortuna injusta? En vano dice en sus oráculos el Espíritu Santo: El que se enriquece rápidamente es un ladrón; en vano hay maldiciones para los que, hallando que la fortuna no corre, quieren precipitar su carro á merced de una impaciente, de una increíble avidez. Una codicia desenfundada se ríe del anatema: *Mammona iniquitatis!* Vivimos en una época en que podemos hacer harto tristemente la distinción de la probidad humana y de la delicadeza de la conciencia. ¿Cuales son las quejas que de todas partes oímos? Decidme: ¿quién de vosotros quisiera confiar su patrimonio, sus legítimos ahorros, á uno de esos hombres, que no tienen ningún principio religioso, que ya no tienen conciencia cristiana? ¡Ah! mil veces lo habeis visto; desgraciados de los que se dejaban seducir del exterior de ese honor tan cortés, tan solícito, tan lleno de atenciones, y del cual tanto se habla en el mundo! ¡Desgraciados de los que caéis en tales lazos! En un día vereis devorados todos los ahorros de vuestra vida; vereis la ruina en vuestro casa; y en vez del digno, del noble patrimonio que destinabais á la colocación de vuestra hija, á la educación de vuestro hijo, ya no tendreis más que la ruina y la miseria. Mirareis en torno vuestro y direis: ¡Ah! si lo hubiese sabido ántes, hubiera distinguido la probidad mundana del honor cristiano. Y el honor del cristiano es la conciencia; aquello no era más que su simulacro: *Mammona iniquitatis!*

Pero dejemos á un lado esa avaricia, carísimos hermanos; eso no os concierne. Dejemos á un lado las consideraciones que han desarrollado los moralistas de todas épocas; no hablemos de las crueles pereplejidades de que es presa el avaro. De dia ¡qué de inquietudes! y de noche ¡qué de sueños devoradores! cuando más posee el avaro, tanto más quiere tener. Es el desgraciado que bebe, que bebe abundantemente, que cree apagar su sed, y que solo consigue irritarla. Digamos, empero, que en general no se va en pos del oro por lo que es en sí mismo, sino por los goces que proporciona. En efecto, un día quiso el Hijo de Dios que Satanás le trasladase á la cumbre de un monte. Mostróle todos los reinos del mundo, nos dice el Evangelio, con la magnificencia que los rodea, con su prestigio y sus grandezas; y esas son, hermanos míos, las obcecaciones de la fortuna: Prostrámete ante mí, y al instante te doy todos estos bienes. Adórame, dice tambien Satanás á sus miserables esclavos: deja á los demás esas ocupaciones que se dividen el círculo de la vida humana, las vigílias laboriosas, los trabajos incesantes, y si es verdad, según el pensamiento de un grande hombre, que un inexorable fastidio constituye el fondo de la vida humana, ¡ah! procura á lo ménos librarte de este fastidio! ¿Ves



la languidez que vá á mecerte suavemente? ¿véis el reposo que te promete? Los demás se apresurarán á servirte, y tú, subyugado por el encanto de mis sonrisas, permanecerás con los brazos cruzados, muellemente sentado al banquete de la vida. Eso es lo que te dará. Yo satisfaré tus instintos de indolencia: *hec omnia tibi dabo*.

Lo mismo que las virtudes, todas las pasiones se encadenan. ¿Qué más, dice el Mammon de iniquidad? Halaga el sensualismo. En nuestra época predica el lujo de la abundancia; niega las maravillas de la vida sencilla y frugal de nuestros padres. Nosotros, dice, necesitamos lo recreativo; necesitamos que las sensaciones sean vivas, y que ántes de dejarlas amortiguar, se desplieguen prodigiosamente todos los recursos del ingenio humano en el servicio de nuestras suntuosas mesas. Si el gusto se estraga, el oro lo remedia. Si es preciso, se pondrá á los dos mundos á contribucion. Ved ahí pues la glorificacion de la materia, á la cual vá unida la idea del oro, porque el oro es su instrumento, su ministro. Mammon dice á los jóvenes: No penseis más que en el fausto; no soñeis sino con las galas ruinosas, con el lujoso tocador. Dice al voluptuoso: solo yo poseo la copa de la voluptuosidad. Vende, compra esa alma, compra esa conciencia aún perfumada con la inocencia y santidad virginales; tal vez sea crecido su precio, pero con algunas monedas de oro lograrás tu fin. Y de ese modo, carísimos hermanos, el Mammon de iniquidad ciega, ofusca á todos los hombres de todas edades y condiciones; de ese modo suele conducir á una espantosa catástrofe. No en vano se le llama Mammon de injusticia. A la victima del juego que va á jugar sobre el verde tapete una fortuna, una hacienda entera, no le dirá: Basta, detente! ¡Oh! no, no; diviértete, aunque tu esposa y tus hijos no coman luego más que el pan de las lágrimas. Ya no hay lugar para Dios en una vida como esa. ¿Queréis la prueba de ello? decía un santo Padre; id á preguntar á ese hombre si prefiere permanecer siempre con su fortuna en la tierra, á ir al cielo, á la patria del cristiano. No será dudosa la respuesta: no quiero cielo, no quiero Dios; estoy satisfecho con la fortuna y con los goces que proporciona, por más bajos que sean. Eso es todo lo que pido. Así se ha consumado la injusticia con el prójimo, con la familia, con Dios mismo.

Grato es y consolador, carísimos hermanos, oponer á ese cuadro el de las almas escogidas que no tienen más hermoso título, y só que aquí las hay, que no tienen más hermoso título que ser tesoreros de los pobres, mayordomos de la Providencia, plenipotenciarios de Dios. ¡Oh! si la vida necesita ocupaciones, esa es la más santa y noble ocupacion. Una cristiana decía últimamente: ¡Ah! las señoras de la

caridad no tienen más que un pesar, el de no tener las manos bastante llenas para derramar con santa profusion los socorros que reellaman las infinitas miserias que hay en la tierra. Decidme, señoras: ¿cuál es la gala, cuál es la corona que puede compararse con esos goces del corazon, con esas bendiciones del pobre, cuando se conmueven deliciosamente las fibras de sensibilidad de que Dios ha dotado vuestros corazones; cuando la enternecida voz de esas victimas resignadas del infortunio murmura, no un agradecimiento ordinario, sino un himno de accion de gracias, pues la desgracia agradecida suplica al mismo cielo que pague su deuda! ¡Oh dulces lágrimas de la caridad! Pero eso aún no basta.

Con la sensibilidad natural, fuera de la religion, pudiera decirse: Nosotros tambien conocemos esos dulces goces, esos puros deleites. Aprended las glorias de la caridad, instrutos de toda su parte divina cerca de esas fervorosas cristianas, que no tienen horas mejores en su vida que las que consagran al alivio del infortunio. ¿A quién pues habeis aliviado, señoras de la caridad? Apelo á vuestra memoria: al divino Bethleemita le habeis tendido sobre la paja de su pesebre cuando habeis dado el vestido y el alimento sustancial al pobre niño, al pobre huerfanito. ¡Oh! apelo á vuestra memoria: al augusto obrero de Nazareth le habeis socorrido vosotros mismas, cuando habeis penetrado en el humilde albergue del obrero ¡ay! que ya no tenia trabajo; bajo este obrero habeis sabido reconocer á quien ha fabricado el mundo, y á quien ha manejado la sierra y el cepillo. ¡Oh! apelo á vuestra memoria: ¡qué bendicion de Dios ha llovido sobre vuestro corazon cuando, como S. Roque, á la cabecera de los enfermos, muchas veces abandonada, habeis podido verter el bálsamo del consuelo terrestre y el bálsamo mejor de los consuelos que brotaban de vuestro corazon para reanimar el corazon de una paralitica que la adversidad habia ya lacerado y abatido! ¡Oh! era á nuestro Salvador, al Dios de gloria á quien veiais en aquel pobre lecho, crucificado, y á la vez rey de la tierra y del cielo!

2. Hay malos pobres, es verdad. Triste es decirlo, pero cumple confesarlo: hay pobres que perderán la corona de la pobreza. Ellos son doblemente infelices, pues privados de los bienes de la tierra, serán tambien de las riquezas eternas que hubieran sido la recompensa de su paciencia y resignacion. Todos sus deseos y proyectos, todos sus esfuerzos obtendrán este único resultado: su miseria se agravará, su llaga se exacerbará de dia en dia. En vez de participar de las bendiciones de la pobreza, no conocen más que los rugidos de la envidia y la desesperacion del odio, y se preparan tesoros de cólera y de mal-

diciones eternas. Hay pobres, cumple tambien decirlo, que corresponden con negra ingratitud á los beneficios de que se les colma. Si algun sacerdote muere sin dejar un real; si ha hecho de antemano sus herederos y legatarios universales á los pobres, ¿sabeis lo que dicen ciertas gentes obcecadas por prevenencias infernales? «Ha hecho lo que debia; no hemos de agradecersele.» No hay duda, hermanos míos, que la caridad de Jesús no espera vencer la insensibilidad de esos pobres; pero la caridad de Jesús no desmaya. Nuestro Señor nos ha dicho que éramos felices cuando bendeciamos y se nos maldecia, cuando nuestra alma estaba llena de ternura y solo se nos pagaba con la inactiva y el ultraje. No! no! la caridad divina no desmayará! No sucede así con las creaciones filantrópicas de beneficencia. Allí se renuncia á toda ilusion; y al ver á los malos pobres, no se sabe conservar la firmeza propia de las obras del Evangelio; pero nada vencerá á la caridad de Jesús: *Aqua multa non potuerunt extinguere charitatem* (CANT. VIII, 7); las aguas del odio y de la ingratitud no podrán apagarla. ¿Por qué? Porque al lado de esos pobres los hay muy respetables, los hay que representan así la gracia como la pobreza de nuestro Señor. Si fuese posible mostraros la resignacion que á veces hemos contemplado con placer en el corazon de una pobre madre de familia, que distribuia con mano liberal el pan cotidiano á sus hijos, mientras ella se lo escaseaba á sí misma, mientras que para ella contaba, no solo los pedazos, sino los bocados, ese solo cuadro bastaria para sosteneros en el camino de la generosidad y del sacrificio.

Esa es la santa pobreza. Y ella ha sido santificada. Si; hubo un día que fué la consagracion de la pobreza. Dios la amó, Dios se hizo pobre. Como sabia que la inmensa mayoria de los hombres no habia de ser rica; como sabia que la pobreza seria verdaderamente la suerte del mayor número, amó la pobreza; amóla al nacer, amóla viviendo de su trabajo manual. Cuando en los mismos dias de su predicacion prodigaba á los demás los milagros de su largueza, quiso experimentar la misma necesidad. Por eso decia: Las aves tienen su nido, los animales de los bosques su madriguera, y el Hijo del hombre no tiene una piedra donde descansar su cabeza. Amó la pobreza en la cruz, teniendo por lecho de muerte dos tablas de madera. Amóla al espirar en aquella horrorosa desnudez, despues de sufrir el tormento de la sed y de beber hiel y vinagre. Amóla despues de su muerte; no quiso, como su padre Abraham, tener un sepulcro en los campos de Efron, no; bastóle un sepulcro prestado. De modo que vivió y murió en el seno de la pobreza.

Así, pues, cristianos, es cierto que solo la pobreza será la heredera del cielo. Vosotros los que sois ricos, combatid la tentacion de la riqueza, imponeos privaciones: es una buena caridad. Cambiad esos tesoros de iniquidad en un precioso depósito. Y vosotros, los que estais cerca de la pobreza, y vosotros pobres, carísimos hermanos míos, fieles imitadores de la pobreza divina, gozad de la pobreza que un célebre autor italiano caracterizó con tanta verdad: *paupertas contenta*, la pobreza contenta. El avaro á quien despojan de su fortuna, se entrega á la desesperacion; por el contrario, el hombre que permanece indiferente á todo, ménos á la voluntad de Dios, acepta bienes y males.

Siento no poder deciros algunas palabras de la perfeccion de la pobreza, de aquella que se desprende de todo para seguir á Jesús despojado de todo. Sin embargo, hubiera tenido cuidado de no exagerar la significacion de esos consejos evangélicos. Hay deberes de estado y de posicion; y la máxima: «Vended lo que teneis y dadlo á los pobres,» no puede convenir á todas las situaciones; eso es evidente y por sí solo se explica. Pero á todos os dirijo el oráculo de Jesucristo: ¡Bienaventurados los pobres! Repitámoslo. ¡Bienaventurados los pobres! Bienaventurados, el corazon se dilata; los pobres, el corazon se oprime. Pero se dilata de nuevo al ver prometido el reino á los pobres, porque ellos son quienes obtendrán el reino de Dios. ¡Así lo alcancen vosotros!

## DIVISIONES.

**POBREZA.**—Desde que Jesucristo se hizo pobre, no es prudente considerar la pobreza como una desgracia.

Desde que Jesucristo escogió á los pobres para hacerlos apóstoles suyos, no hay que considerar el estado de pobreza como un estado de infamia.

**POBREZA.**—Se atrae la indignacion de Dios cuando se reduce á los demás á la pobreza para hacerse uno rico.

Se atrae las bendiciones de Dios cuando se deja de ser rico para sacar á los demás de la pobreza.

Se muestra que el amor que se tiene á Dios es un amor puro cuando se ama la pobreza.

**POBREZA.**—No hay hombre alguno que no tenga necesidad de la pobreza.

No hay cristiano alguno que no deba sus riquezas á la pobreza de Jesucristo.

**POBREZA.**—Los hombres abusan de la pobreza cuando ella les hace perder todo sentimiento de piedad.

Los hombres abusan de la pobreza cuando ella no es remedio para su vanidad.

**POBREZA.**—La pobreza voluntaria de los religiosos debe persuadir á los pobres, que la pobreza es una gracia.

La pobreza que los malos ricos sufren en su abundancia debe enseñar á los pobres, que las riquezas no son siempre un remedio para la pobreza.

La pobreza de los caritativos debe consolar á los pobres cuando ven que los ricos se hacen pobres para santificarse.

## PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Dominus pauperem facit et ditat, humiliat, et subleuat.* I Reg. II, 7.

*Desiderium pauperum exaudivit Dominus.* Psalm. x, 17.

*Melius est modicum iusto, super divitias peccatorum multas.* Psalm. xxxvi, 16.

*Memento paupertatis in tempore abundantia, et necessitatum paupertatis in die divitiarum.* Eccli. xviii, 25.

*Ecce excoxi te, elegi te in camino paupertatis.* Isai. xlviii, 10.

*Beati pauperes spiritu: quoniam ipsorum est regnum caelorum.* Matth. v, 3.

*Nolite possidere aurum, neque argentum, neque pecuniam in zonis vestris.* Idem. x, 9.

*Filius hominis non habet ubi caput reclinet.* Idem. viii, 20.

*Si vis perfectus esse, vade,*

El Señor es el que empobrece y enriquece; el que abate y ensalza.

Atendió el Señor al deseo de los pobres.

Más sirve al justo una mediana, que las muchas riquezas al pecador.

Acuérdate de la pobreza en el tiempo de la abundancia, y de las miserias de la pobreza en tiempo de las riquezas.

Mira: yo te he acrisolado con el fuego de las tribulaciones, he hecho prueba de tí en la fragua de la pobreza.

Bienaventurados los pobres de espíritu; porque de ellos es el reino de los cielos.

No lleveis oro, ni plata, ni dinero alguno en vuestros bolsillos.

El Hijo del hombre no tiene sobre qué reclinar la cabeza.

Si quieres ser perfecto, anda

*vende, que habes, et da pauperibus.* Idem. xix, 21

*Qui non renuntiat omnibus, que possidet, non potest meus esse discipulus.* Luc. xiv, 35.

*Habentes alimenta, et quibus tegamur, his contenti simus.* I Timoth. vi, 8.

*Nonne Deus elegit pauperes in hoc mundo, divites in fide, et heredes regni, quod reprobavit Deus diligentibus se?* Jacob. ii, 5.

*Scio tribulationem tuam, et paupertatem tuam, sed dives es.* Apocal. ii, 9.

y vende cuanto tienes, y dáselo á los pobres.

Cualquiera que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

Teniendo que comer y con que cubrimos, contentémonos con esto.

¿No es verdad que Dios eligió á los pobres en este mundo, para hacerlos ricos en la fé, y herederos del reino, que tiene prometido á los que le aman?

Si tu tribulación y tu pobreza, si bien eres rico en gracia y santidad.

Para las figuras de la Sagrada Escritura, véase, RIQUEZAS.

## SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Paupertas ordine prima est, et quasi parens aliarum omnium virtutum.* S. Ambros. lib. 5 in Luc.

*Parva dimissimus, et grandia possidemus, centuplicato fenore promissa Christi redduntur.* S. Hieron. Ep. ad Pam-mach.

*Egere, non turpe quidem, aut aliquid probrosum fuerit, sed paupertatem generose non ferre.* S. Basil. Hom. de Ira.

*Sacra paupertas commodissimum virtutis organum.* S. Gregor. Nazian. Ep. ad Helen.

*Nihil opulentius eo, qui paupertatem sponte diligit, et cum alacritate suscipit.* S. Chrysost. in Epist. ad Hebr.

La pobreza está puesta en primer lugar, porque es como la madre de todas las otras virtudes.

Poco es lo que hemos abandonado por los grandes bienes que ya poseemos: ya se nos dá el ciento por uno prometido por Cristo.

No es pecado ni deshonra alguna el ser pobre, sinó el no sufrir la pobreza con generoso desprendimiento.

La santa pobreza es un medio muy fácil para adquirir la virtud.

Ninguno hay tan rico, como el que elige voluntariamente la pobreza, y la soporta con alegría.

*Pauper semper securus est, et omni metu vacat.* Idem, Hom. 30 in Math.

*Non tibi displiceat paupertas tua, nihil ea potes ditius invenire.* S. Aug. de verb. Apost. serm. 29.

*Vis nosse quam dives sit paupertas? Cælum emit.* Idem. in Psalm. 76.

*Qui nihil habet in mundo quod diligit, nihil est in mundo quod pertimescat.* S. Gregor. Hom. 4, in Evang.

*Ut rerum facultates instrumenta sunt omnium vitiorum, sic harum abdicatio gubernatrix est, nutritrixque omnium virtutum.* Idem. lib. 21 Moral. cap. 12.

*Nisi ex toto corde et affectu pauper es, paupertas ipsa non virtus, sed miseria iudicanda est.* S. Cæsar. Arelat. Hom. 23.

*Semper dives est christiana paupertas, nec pavet in isto mundo indigentia laborare, cui donatum est, in omnium rerum Domino omnia possidere.* S. Leo, Serm. 4 Quadrag.

*Miserabiliores sumus omnibus hominibus nos monachi, si pro exiguis tanta patimur detrimenta.* S. Bernard, ad Monach.

Véase: RIQUEZA.

El pobre, como que siempre está seguro, vive sin miedo alguno.

No te avergüences de tu pobreza, porque nada encontrarás más precioso que ella.

¿Quieres saber si es rica la pobreza? Tanto, que compra el cielo.

El que no está apegado á ningún bien de este mundo, tampoco tiene motivo de temer nada de él.

Así como los bienes temporales suelen fomentar todos los vicios, así la renuncia de los mismos modera y fomenta todas las virtudes.

Si no eres pobre de corazón y de voluntad, tu pobreza, más bien que virtud, será verdadera miseria.

La pobreza cristiana siempre es rica, nunca teme padecer miseria en este mundo, teniendo el privilegio de poseerlo todo, poseyendo al Señor de todo lo criado.

Nosotros monjes seríamos más miserables que todos los seglares, si nos turbáramos por la pérdida de esas frioleras.

## POLÍTICA.

*Collegerunt pontifices et pharisei consilium.*

Los principes de los sacerdotes y los fariseos juntaron consejo.

(JOAN. XI, v. 47.)

La resurreccion de Lázaro fué el milagro más señalado que obró Jesucristo durante su vida mortal, porque debía ser para los judios la prueba más auténtica de la mision del Salvador, pues constituia un testimonio sin réplica de su santidad y de la verdad de su doctrina. Jesús habla y ordena, y al instante un muerto de cuatro dias que exhalaba ya hedor cadavérico, resucita y sale del sepulcro. El pueblo lo presencia: sus mismos enemigos no se atreven á contradecirlo; y muchos de los que han sido testigos del prodigio, creen en Jesucristo. No es por lo tanto extraño que los maestros y caudillos de los judios se reunieran en consejo, y era tan justo como prudente que examinasen si los milagros, que todos los dias obraba Jesús, correspondian á las señales con que los profetas habian dado á conocer al verdadero Mesías en cuyo caso habian de resolverse á seguirle y venerarle. Pero ¿proceden de esta suerte los miembros del Sinedrin? No; se declaran al contrario contra Cristo, precisamente porque hace muchos milagros. Aunque reconocen su divinidad, por cuanto confiesan que hace muchos milagros, en vez de venerarle como á su Mesías, resuelven quitarle la vida. Se ve, pues, que no discurren como teólogos, sino como falsos políticos. El pueblo sigue á Jesús, le venera y aplaude; y como los escribas y fariseos saben muy bien que va decreciendo la reputacion de que gozan en proporcion al acrecentamiento de la fama del Salvador, por eso se deciden á darle la muerte. ¿Qué hacemos? exclaman: ¿qué desuido, qué cobardia, qué estolidez es la nuestra? Este hombre obra ruidosos milagros; luego es preciso quitarle la vida: *Expedit ut moriatur.* No dicen que merece la muerte, sino que les conviene que muera. Sin embargo, procuran encubrir su iniquidad bajo el velo del bien público. Si le dejamos libre, dicen, todos creerán en este hombre, y vendrán los romanos á destruir nuestra ciudad y nuestra gente. Pero ¿qué temor habia de ins-

pirar á los romanos el hombre que no tenia casa ni hogar, que brillaba por su modestia y sus virtudes, que habia huido cuando el pueblo trató de proclamarle rey, y enseñaba que debia pagarse el tributo al César? No, no era el bien público lo que guiaba á aquellos falsos políticos, sino que trataban de satisfacer su envidia y encono contra el que les reprendia sus iniquidades, y evitar todo suceso que pudiese turbar los goces que su posicion y su hipocresia les proporcionaban. Era una política falsa la del Sanedrín; política que atrajo sobre Jerusalem y su gente los mismos males que fingian querer ahuyentar. Los romanos hicieron expiar á los judios su crimen de deicidio, destruyeron á Jerusalem, y como instrumentos de Dios, realizaron las profecías. Esto me proporciona la ocasion de hablarlos de los falsos políticos, y demostrarlos que cuando, á pretexto de evitar males, se separan de la ley de Dios, atraen sobre sí los males que querian evitar. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Los falsos políticos acostumbran ocultar sus iniquidades y sus vicios bajo el velo del bien público. En todos tiempos y lugares bastó el ser justos y buenos para acarrearle las iras de los perversos. ¿Cuántos ejemplos de esto no nos ofrece la Sagrada Escritura? Cain persiguió á Abel porque era justo, y por el mismo motivo, los sodomitas persiguieron á Lot, Esaú á Jacob, á José sus hermanos, Faraon á Moisés, Saul á David, Jezabel á Elías, y Manasés á Isaias. El sagrado libro de la Sabiduría pone en boca de los malos estas palabras: Conspiremos contra el justo, porque es contrario á nuestras obras, y nos echa en cara los pecados que cometemos contra la ley: *Circumveniamus justum, quoniam contrarius est operibus nostris, et impropere nobis peccata legis* (Cap. II, 12). Ved ahí el motivo del odio y encono que los escribas y fariseos abrigaban en su corazon contra Jesús. Era el justo por excelencia, y revelábasele y reprendíale además sus iniquidades; por eso resolvieron quitarle la vida. Si el Salvador hubiese dejado tranquila su conciencia, si no les hubiese reprendido sus vicios, no le habrían perseguido con tanto encono.

Pero como los falsos políticos procuran siempre ocultar lo que hay de nefando en sus pensamientos, los escribas y fariseos alegaban el pretexto de que convenia sacrificar á Jesús para librar del furor de los romanos al pueblo y la ciudad, si le hubieran reconocido por rey. Quiero haceros notar el doble sentido en que se verificaron estas palabras del Sanedrín, para que os convenzáis de que los proyectos de la política, cuando falta á la religion, salen siempre fallidos. No abriga la política un solo pensamiento contra Dios que no se vuelva ó

realice contra ella propia, y hasta en favor de Dios, sea directa, sea indirectamente. Los judios, no reconociendo por Mesías á Jesús, protestaron de que lo hacian por alejar de ellos la ruina; pues bien, su ruina fué causada precisamente por haberle crucificado. Los romanos rodearon la ciudad de Jerusalem con un valladar para que ni los de dentro pudieran salir, ni entrar los de fuera, y después de haberla reducido á la mayor angustia por medio del hambre, de la peste y de otras tribulaciones, fué de tal suerte destruida, que puede decirse no quedó allí piedra sobre piedra. En vano quiso Tito reservar el templo, que era el asombro del mundo; el fuego devorador lo consumió todo; y aquel majestuoso edificio quedó arrasado hasta sus cimientos. Sus robustas puertas, sus espaciosos patios, todo desapareció sin dejar huella alguna. Noventa y tres mil prisioneros y un millon y cien mil muertos en el tiempo que duró el cerco, fueron los frutos de la victoria de los romanos, ó más bien las víctimas de la cólera del Señor. Adriano acabó de exterminar á los judios; arrojados de su país y esclavos por todo el universo, no tienen templo, ni altar, ni sacrificio, ni patria. El deicidio atrajo sobre ellos la ruina que trataban de ahuyentar: así se engaña la prevision humana; así cae en sus propios lazos la falsa política. Pero las palabras de los judios, no solo se verificaron contra ellos al lanzarse contra su ciudad los ejércitos romanos, sino que se cumplieron tambien en otro sentido. Roma cristiana ha absorbido á Jerusalem, y la Iglesia ha absorbido á la Sinagoga. Los romanos se hicieron dueños del mundo, no por la fuerza de las armas, sino por la eficacia de la cruz y la influencia de la fé. ¿Pensaban en esto, ni en lo que ántes he indicado, los judios que se rennieron en consejo para matar á Jesús, so pretexto de que irian los romanos á destruir la ciudad y al pueblo si como rey le reconocian? Ved pues como los cálculos de la política salieron fallidos porque eran contra Dios.

Y lo que sucedió á los judios sucede á todos los falsos políticos. ¿Cuántos ejemplos de esto no nos presenta la historia? Jeroboam, rey de las diez tribus que formaron el reino de Israel, prohibió al pueblo que fuese á Jerusalem á adorar á Dios, por temor de que adhiriéndose al templo y á la ciudad santa, se sometiese otra vez á Roboam, su rey. Introdujo Jeroboam el cisma religioso en las diez tribus, levantando altares en Dan y Bethel, persuadiendo que el cisma religioso aseguraria el cisma político. Esta determinacion pudo parecer prudente á los falsos políticos; pero causó la ruina de toda la familia de Jeroboam. El profeta Abías habia dicho á la mujer de Jeroboam: «Yo tengo comision de darte una mala nueva. Esto dice el Señor Dios de

Israel: Jeroboam, yo te ensalcé de en medio del pueblo; yo dividí el reino de la casa de David, y te le di á tí; mas tú no has sido como mi siervo David, que guardó mis mandamientos, y me siguió con todo su corazón, haciendo lo que era agradable á mis ojos; sino que has obrado peor que todos cuantos te han precedido, y te forjaste dioses ajenos para provocarme á ira, y á mí me has desechado y vuelto las espaldas. Por tanto, yo voy á llover desastres sobre la casa de Jero-boam, y la destruiré y harreré los rezagos de su familia, como suele harrerse la basura, hasta que no quede rastro (III Rec. xiv, 6 ET SEQ.) Baasa cumplió esta profecía: «exterminó toda la familia de Jeroboam; no dejó con vida ni una sola persona de su linaje y le extirpó enteramente (III Rec. xv, 29).» Jeroboam quiso cumplir con la política faltando á la religion; ¿cómo no habian pues de salir fallidos sus proyectos?

La historia profana nos presenta tambien innumerables testimonios que confirman esta verdad. Empecemos por el imperio romano. Sus políticos juzgaron qué con persecuciones violentas la Iglesia quedaria vencida y sepultada en sus ruinas. Los cesares y los magnates, los magistrados y los sábios, se enconaron con ardiente furia contra los cristianos, y la sangre de los fieles corrió á torrentes; pero al mismo tiempo se multiplicaban los discípulos de Jesucristo, se desmoronaban en todas partes los altares de los ídolos, enmudecian los oráculos, y la cruz se enarbolaba en todas las naciones. Los falsos políticos del imperio habian creído que podrían ahogar en sangre á la Iglesia, y el imperio fué el que se ahogó en la sangre de los mártires. No hay proyectos contra Dios. Los falsos políticos podrán figurarse que triunfan; pero su triunfo no durará más que un día, y les dará por fin un resultado contrario á lo que se proponian.

Después del tenaz empeño del imperio romano en acabar con la Iglesia, el protestantismo ha sido la conspiración más vasta y temible que se ha formado contra ella. Sus adalides halagaron á los príncipes temporales con la perspectiva de un aumento de poder; lisonjearon á otros con el deleite, ofreciéndoles placeres hasta la embriaguez; y sedujeron á los pueblos con la esperanza de que se harían dueños de los bienes de la Iglesia. Todo estaba tan hábilmente combinado, que parecia que no quedaba al catolicismo otro recurso que abandonar la Europa á sus propios extravíos y buscar un refugio en el nuevo mundo. Sin embargo, todo sucedió de un modo muy diverso de lo que esperaban los autores del protestantismo. Los reyes que, ansiosos de acrecentar su poder, le prestaron su apoyo, labraron para sí ó para sus sucesores la más horrible ruina. Bien pronto los tronos

hambolearon; torrentes de sangre inundaron la tierra; y la anarquía luchó contra el orden social; los reyes fueron proscritos ó inmolados sobre los altares del nuevo culto; y los pueblos que buscaron su libertad haciéndose enemigos de la Iglesia, solo encontraron al fin la esclavitud. En cambio el combate hizo brillar al catolicismo con todo su esplendor, y se acerca ya el momento en que triunfe y adquiera para los pueblos la fuerza de cosa juzgada. Todos sus dogmas han sido atacados, pero todos han sido defendidos y restablecidos; y existen contestaciones tan irrefutables para todos los argumentos, que es imposible encontrar hoy uno contra la Iglesia que no le haya sido rebatido por las lumbreras más brillantes del saber humano en Europa.

En el siglo pasado apareció un nuevo error, hijo legítimo del protestantismo, y enemigo solapado de la religion. Hablo de ese monstruo que apareció con el bello nombre de filosofía y de razon humana. Se llamó racionalista, y ocultó su fealdad en Francia con un nombre halagüeño. Los falsos políticos que habian respetado acabar con la religion, se declararon en su favor, y contaron con todos los medios para triunfar. Decían que los tronos sostenian la religion, y los tronos perdieron su prestigio; decían que el sacerdocio sostenia los dogmas porque era rico, y el sacerdocio se vió precisado á pedir limosna; alegaban la fuerza de la costumbre, el ascendiente de la autoridad, las ilusiones de la imaginacion, y todo esto desapareció. Las probabilidades de la victoria estaban todas en favor suyo y todo conspiraba contra su rival. ¿Qué más podian desear? Y sin embargo, ¿qué sucedió? Los falsos políticos que apoyaron al filosofismo cayeron cubiertos de ignominia y acompañados de execraciones, y la Iglesia salió de aquella prueba terrible más pura y vigorosa. Lo que parecia no tener otro objeto que la destrucción del catolicismo, tendrá por resultado la ruina de su enemigo el protestantismo.

2. No se forjen vanas ilusiones los falsos políticos. Todos cuantos insten para crucificar á Jesucristo, se crucificarán á sí propios y no procederán nunca contra Dios sin que les llegue la expiación. El orden público solo se sostiene con los eternos principios de moderacion y justicia; y como la depositaria de estos principios es la Iglesia, si se persigue la religion, si se desprecian aquellos principios, viene irremediabilmente el desorden, y tras él, el castigo; y la Iglesia sigue siendo la Iglesia, y Cristo siendo Cristo. Cristo y su Iglesia permanecen constantes, inmóviles y fijos; y cuando los falsos políticos piensan que Jesús estaba bien encerrado ya en el sepulcro, al volver los ojos, le vieron resucitado y glorioso. No tendrá nunca la falsa política un pensamiento contra Dios que no se vuelva contra sí misma, y has-

la en favor de Dios. La sabiduría de este mundo, dice el Apóstol, no es más que necedad; porque apartándose de Dios, todos los cálculos salen fallidos. Algunas veces nos parece que Dios deja triunfar á la falsa política, como pareció en un principio que había triunfado el Sanedrín; pero esto consiste en que no ha llegado la hora de que se realicen sus eternos designios. Estad seguros, sin embargo, de que cuando llega el momento de llevarlos á efecto, brilla su poder como el sol tras una deshecha tempestad, y la falsa política queda entonces confundida.

No nos separemos pues nunca de la ley de Dios. Llamados al goce de una felicidad que consiste en unirnos á Dios, verle, y gozarle, nada debemos hacer que pueda ser un obstáculo para alcanzar esta dicha. Todo camino que conduzca á un abismo es horrible, aunque esté cubierto de flores y ofrezca á uno y otro lado deslumbradoras perspectivas; y á un abismo conduce el camino que nos aconseja seguir la falsa política. Nuestra patria es el cielo; allí pues hemos de tener fijas siempre nuestras miradas. No nos conviene en manera alguna desagradar al soberano Juez que ha de decidir si somos ó no dignos de obtener la eterna felicidad, sinó que, por el contrario, lo que nos interesa más que todo, lo que ha de ser constante objeto de nuestros deseos y término de nuestros sacrificios, es, agradarle y tenerle propicio, aunque para ello sea necesario romper abiertamente con el mundo. ¿Qué adelantariamos volviendo las espaldas á Dios por seguir las máximas de una falsa política? Todo lo que ella podría prometernos es mentira é ilusión, y cuando se volvieran contra nosotros nuestros pensamientos contra Dios, no podría ofrecernos alivio alguno.

Haced, Dios mio, que nadie de cuantos me escuchan se aparte de vuestra santa ley; que todos abominen las máximas de la falsa política. Hacednos á todos dóciles á vuestras inspiraciones y agradecidos á vuestros beneficios. Sin vos no somos más que ruinas; pero con vos somos dichosos. Practicando la virtud, ahuyentamos de nosotros los males y procuramos el bien público; pero si con pretexto de evitar males nos separásemos de vuestra santa ley, atraeríamos sobre nosotros los que quisiéramos evitar. Auxiliádnos para hacer siempre lo que nos mandáis, para amaros y adoraros, y de este modo lograremos gozaros en la gloria, que á todos deseo.

PORCIÚNCULA, véase INDULGENCIA DE LA PORCIÚNCULA.  
 POSTRIMERÍAS Ó NOVÍSIMOS, véase MUERTE, JUICIO, INFIERNO y GLORIA.

## PONTIFICADO SUPREMO

DE LA IGLESIA.

*Super hanc petram edificabo Ecclesiam meam.*

Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.

(MATH. XVI, 18.)

Sencillez y estabilidad son los dos caracteres con que sella Dios sus obras. Ninguna más divina que la constitucion de su Iglesia; ninguna por consiguiente está tan sellada de ambos caracteres. *Edificaré mi Iglesia sobre esta piedra*, tales son las palabras del Salvador. ¿Qué es esta *Iglesia*, y quién es esta *Piedra*?

La Iglesia no es otra cosa que la congregacion visible de todos los fieles cristianos, segun los doctores y teólogos, por la cual habiendo tomado nuestra naturaleza humana el Hijo de Dios, lo hizo todo, y lo padeció todo: *pro qua Filius Dei, hominis natura suscepta, cuncta et fecit, et pertulit*. La Iglesia, explican otros, es la congregacion de todos los que profesan la fe y doctrina de Cristo, regida en la tierra por el que él ha establecido su Vicario, y Cabeza de toda ella. Así estaba ya profetizado: *Erit in novissimis diebus mons in vertice montium, et fluent ad eum omnes gentes*. Habrá luego un monte cuyas faldas estarán asentadas sobre las cimas de los demás montes, y vendrán á él todas las gentes. ¡Alegoría magnífica!

Y así es que un célebre teólogo moderno define en su catecismo á la Iglesia: La congregacion de todos los fieles y de todos los pastores que están sometidos al romano Pontífice, obedeciéndole como á vicario de Cristo y cabeza visible de la Iglesia. Los montes son los prelados, que, en virtud de la jerarquía divina, se levantan sobre las llanuras de la tierra, que son los fieles; y el monte colocado sobre la cima de todos los demás montes es el romano Pontífice, al cual acuden de todas partes, subiendo hasta él por medio de los otros montes. *Mons in vertice montium, ad eum omnes gentes*.

¿Quién es esta *Piedra*, fundamento de la Iglesia toda? *Super hanc petram edificabo*. No podia dejarnos el Maestro divino con